

**AÑO SANTO DE LA CRUZ**  
***Peregrinación Diocesana a Oviedo***  
**(Oviedo, 18 de octubre de 2008)**

**+ Vicente Jiménez Zamora**  
**Obispo de Santander**

*“Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido al mundo”.*

Saludo cordialmente al Sr. Arzobispo Metropolitano de Oviedo, D. Carlos Osoro, a quien expreso mis sentimientos de fraternal afecto en la comunión del Colegio Episcopal, presidido por el Sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI. Le agradezco sus amables palabras de bienvenida y acogida, y le manifiesto mi alegría por haberme permitido presidir esta Misa Jubilar del Peregrino, en la S. I. Catedral Basílica Metropolitana de San Salvador, donde él tiene su sede para enseñar y gobernar, y el altar para santificar al pueblo santo de Dios.

Mi saludo de Obispo se extiende al Sr. Vicario General, al Cabildo de esta S. I. Catedral, al Sr. Abad de Covadonga, a los sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos de Asturias.

Queridos diocesanos y peregrinos de Santander: Sr. Vicario General, Sr. Deán del Cabildo, organizador de esta peregrinación diocesana, a quien expreso mi sincera gratitud por su generoso trabajo, sacerdotes, consagrados, fieles laicos venidos de distintas partes de Cantabria y del Valle de Mena.

Peregrinos venidos de otras Diócesis de España.

Grupo de personas sordas.

Hoy llegamos en peregrinación desde la Diócesis de Santander en el “Año Santo de la Cruz”, para celebrar el Jubileo que conmemora las donaciones a esta Catedral de Oviedo de la *Cruz de la Victoria* y de la *Cruz de los Ángeles*, hace ahora 1100 y 1200 años respectivamente, que se conservan en la Cámara Santa de esta Catedral, como insignias de la fe y de la historia de Asturias.

Nuestra peregrinación diocesana quiere ser un gesto de comunión con la Iglesia particular de Oviedo, que es la Archidiócesis a la que pertenece como sufragánea nuestra Diócesis de Santander y que tiene como Arzobispo a D. Carlos Osoro, nacido a la fe en nuestra Diócesis de Santander, a cuyo presbiterio perteneció y del que salió al ser nombrado por el Santo Padre para ser Obispo de Orense primero y ahora Arzobispo Metropolitano de Oviedo. Oviedo se encuentra en camino de Sínodo, para emprender con nuevo vigor la renovación eclesial y la misión siempre nueva de anunciar el evangelio de Jesucristo, nuestro Señor, en la integridad de la fe, la santidad de las costumbres y la caridad fraterna.

El Jubileo del “*Año Santo de la Cruz*” es una oportunidad extraordinaria para obtener las gracias de la indulgencia plenaria, en la forma acostumbrada por la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística y oración por el Papa.

La cruz, emblema de la historia cristiana de Oviedo, es, sobre todo, el centro de la fe y del sentido de nuestra vida cristiana, que es una peregrinación, en la que avanzamos firmes en la fe, alegres en la esperanza y diligentes en la caridad hacia la casa del Padre.

Dice el Concilio Vaticano II que “la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cfr. 1 Cor 11, 26). Está fortalecida con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo su esplendor al final de los tiempos” (LG 8).

### **La cruz, signo de vida y salvación**

En el misterio de la cruz se revela en su inmenso dramatismo el amor de Dios a los hombres y, a su vez, el amor de Cristo al Padre. Por amor al Padre, Cristo “*se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz*” (Fil 6, 6-11). No fue una obediencia ciega, sino un acto libre de amor filial al Padre: “*nadie me quita la vida – dice Jesús – yo la doy libremente*” (Jn 10, 18).

En la cruz levantada sobre el Calvario se manifiesta el corazón eterno de Dios, ya que el Padre “*nos amó y nos entregó a su hijo como propiciación por nuestros pecados*” (Jn 4, 10).

La cruz es signo de vida y fuente de salvación. Dios ha puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz, para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida. (cfr. *Prefacio de la Exaltación de la santa cruz*).

La salvación viene de Dios, como oferta de gracia. Nos la brinda en Cristo Jesús, en su vida y obra y, sobre todo, en su misterio pascual de muerte en cruz y resurrección gloriosa.

Pero hoy no es fácil para el hombre moderno aceptar el mensaje de salvación, como no lo fue para los judíos y paganos, “porque los judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; nosotros en cambio predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los paganos; pero para los llamados, judíos y griegos, predicamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 1, 22-25).

El crecimiento de la ciencia y la técnica, la ingenua esperanza de llegar a dominar la naturaleza y regir los destinos del universo, llevan al hombre a rechazar la presencia de un Salvador, que no sea el hombre mismo, que quiere convertirse en Dios. Es la vieja tentación de Prometeo. En nuestros días esta vieja tentación de “seréis como dioses” rebrota en ciertos miembros de la comunidad científica, que “producen” vida humana, en vez de “engendrarla”, como en el caso actual del llamado “bebé medicamento”.

La implantación de un modelo de vida dominado por el materialismo, el consumismo y el disfrute del mayor número de cosas, lleva a muchos hombres y mujeres, incluso cristianos, a prescindir en la práctica de Dios y de su salvación en la vida pública y privada; más aún, estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el último sentido de su vida, de dónde venimos y a dónde vamos.

La cultura pública occidental moderna se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana y camina hacia un humanismo inmanentista. La cultura moderna presenta, en ocasiones, un rostro radicalmente irreligioso, anticristiano y con manifestaciones públicas en contra de la Iglesia y los cristianos. Esta mentalidad y cultura vienen favorecidas por algunos Medios de Comunicación y por legislaciones pretendidamente “humanistas”, pero sin relación al derecho natural sobre la vida humana naciente, la eutanasia, el matrimonio y la familia. También en España algunas leyes se convierten en un factor que genera laicismo, secularismo y alejamiento de la tradición cristiana.

Como consecuencia de estos graves factores, levemente apuntados, nace un tipo de hombre desconfiado, pragmático, amigo de disfrutar del mundo y de la vida, sin poner la esperanza en Dios y en su salvación, que nos la brinda en su Hijo crucificado y resucitado. Este tipo de hombre, ampliamente difundido entre nosotros, es más propenso a la incredulidad y agnosticismo que a la fe; al pragmatismo que a la esperanza; al egoísmo narcisista que al amor y a la solidaridad.

### **Los cristianos, testigos de la cruz y la salvación**

Ante esta situación de dificultad, que no podemos ignorar, los cristianos que creemos en el Dios de Jesucristo, hemos de ser para el hombre moderno: testigos de la salvación, con palabras y con obras, con el testimonio de la vida, porque el hombre hace más caso a los testigos que a los maestros.(cfr. EN 76).

Hoy, San Lucas, evangelista, cuya fiesta litúrgica celebramos, se nos ofrece como testigo de la fe en la primera hora del cristianismo. Nacido de familia pagana, se convirtió a la fe y acompañó al apóstol Pablo, de cuya predicación es reflejo el tercer evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles, que escribió. Dios eligió a San Lucas para que nos revelara con su predicación y sus escritos el amor de Dios a los pobres, y para atraer a todos los hombres a la salvación.

El ejemplo de San Lucas nos estimula al testimonio de la fe y al anuncio del Evangelio de Cristo, en cuyo corazón está la Cruz salvadora y gloriosa. La fe es un tesoro que debemos conservar y apreciar, que no podemos esconder, sino que debemos anunciar con valentía, celebrar con dignidad y testimoniar con alegría.

Seguir a Cristo fielmente también en el camino de la cruz es nuestra misión. “Si confiamos en Cristo no perdemos nada, sino que lo ganamos todo. En sus manos nuestra vida adquiere su verdadero sentido”. Este convencimiento ha de impulsarnos a promover el bien y a curar tantas llagas abiertas en el entorno social: como la carencia de lo necesario para vivir dignamente, que afecta a muchas familias en una economía en grave crisis; la realidad trágica que están viviendo tantos emigrantes; los efectos de la droga que destruye a la persona; la condición de muchos ancianos que se sienten solos y olvidados; y la desesperanza de tantos jóvenes que se afanan en buscar paraísos perdidos, con conceptos falsos de libertad y verdad.

### **Aclamación final**

En esta Eucaristía, memorial de la muerte de Cristo en la cruz y de su resurrección, aclamamos el misterio de la cruz del Señor: “Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. ¡Venid a adorarlo!”.

“Salve, altar precioso; árbol florido; madero del que brota la vida; madero donde el hombre vuelve a ser libre; jardín del hijo celestial; columna elegida; lámpara del universo; luz de las estrellas; muro indestructible; puerta del paraíso; auxilio de los pecadores; árbol hermoso donde se recogen los mejores frutos; roca sobre la que se construye la Iglesia”.

Para todos vosotros, peregrinos: ¡Feliz Jubileo en el Año Santo de la cruz!.

¡ Cruz de Cristo vencedor, te adoramos, sálvanos!. Amén.